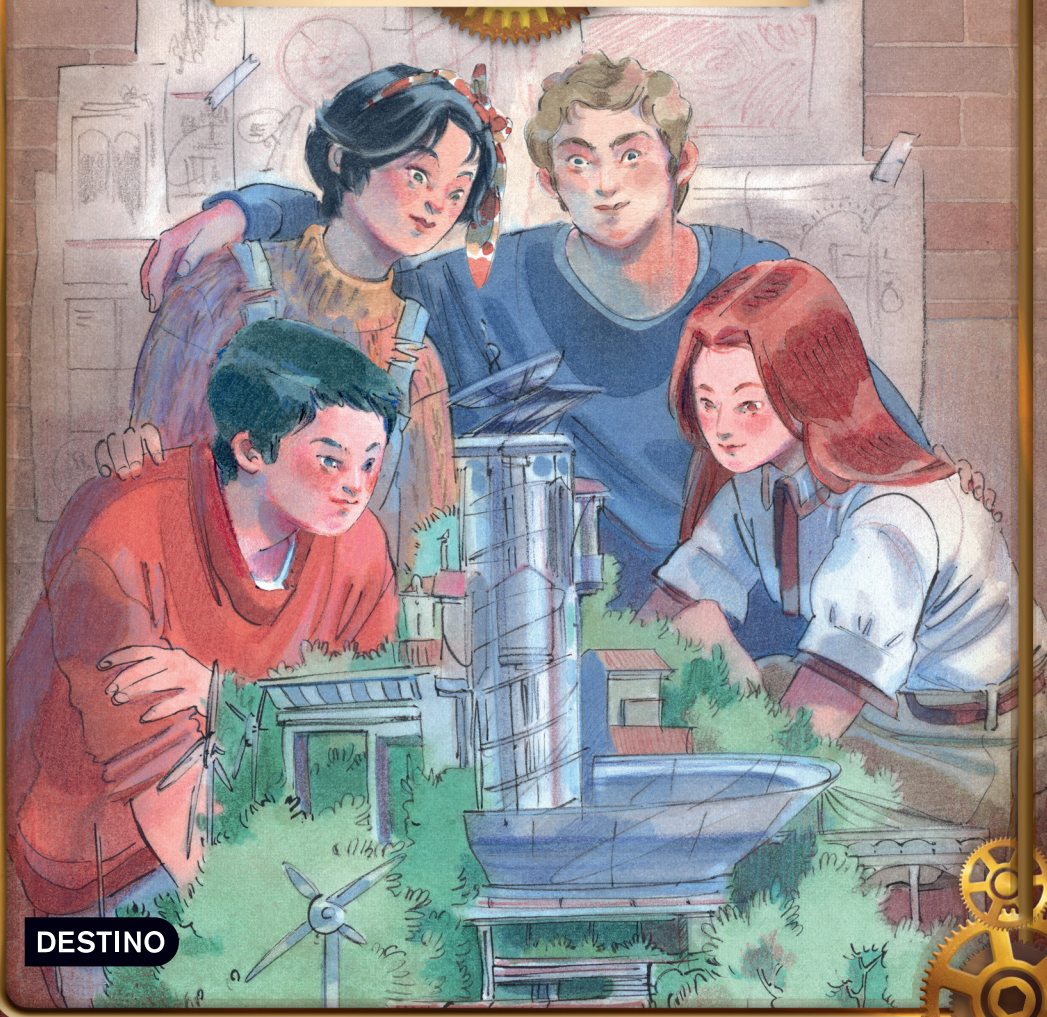
· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EN BUSCA DE LA CIUDAD DEL FUTURO



DESTINO

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EN BUSCA DE LA CIUDAD DEL FUTURO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Un proyecto de Cuca Canals

© del texto: Paula Vidal, 2019
© de las ilustraciones de cubierta: Eva Sánchez Gómez, 2019
© de las ilustraciones de los inventos en interior: Paco Porres, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-08-20124-3
Depósito legal: B. 26.458-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar con Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo del capitán Nemo 9
1. Una historia aterradora.
El secreto del padre de Caroline 17
2. Ojos de atún. Un día especial 41
3. Imaginando la Ciudad del Futuro.
La evidencia 51
4. Una fiesta de lo más lujosa.
El sobrino de Claude Mathieu. 63
5. Una promesa incumplible.
Demasiadas tareas extras 83
6. Un bombardeo de ideas. Cambio de sede . . .95
7. La opinión del capitán Nemo 107

8. En el despacho del director.
El cariño de una madre 115
9. La hora de pedir refuerzos. Todos a una. . . .125
10. Una repentina muerte. Y el ganador es.... . .139
11. Dos espías en una misión secreta.
Una papelera llena de firmas 153
12. Una prueba caligráfica. El camino a casa. . .163
13. Un aroma familiar.
El Hospital Psiquiátrico de Boston 169
14. Encerrado en el loquero.
Sentencia de muerte 177
15. La sala de inyecciones.
No hay tiempo para preguntas. 183
16. Revelaciones. Un centenar de gendarmes . .197
17. La puerta secreta.
Un pequeño rastro en el suelo 203
18. Al borde de la muerte.
No hay sueños imposibles 217
19. Una considerable suma de dinero 225
Epílogo. Los verdaderos protagonistas. 229

Capítulo 1

UNA HISTORIA ATERRADORA. EL SECRETO DEL PADRE DE CAROLINE

Marie pasaba buena parte de su tiempo libre en el Asilo de la Caridad, cuidando de los ancianos pobres de Nantes, y a sus amigos les gustaba acompañarla a menudo para echarle una mano. Sus visitas solían entretener mucho a aquellos ancianos: sus únicas distracciones consistían en los inventos que Jules les traía para tratar de que sus vidas fueran un poco más amenas.

En aquella ocasión, Jules había decidido probar primero el invento que iba a regalarles. Les había asegurado a los demás que lo hacía por puro interés científico, para asegurarse de que el funcionamiento del aparato era correcto, pero sus amigos se habían dado cuenta de lo mucho que estaba disfrutando de la experiencia, y sospechaban que en realidad estaba probando el artilugio solamente para divertirse.

Y es que mientras Caroline, Huan y Marie caminaban a paso ligero hacia el asilo, Jules se desplazaba junto a ellos montado en un vehículo de lo más pintoresco. El chico estaba de pie, en una plataforma de madera bajo la cual se encontraban dos robustas ruedas que giraban a toda velocidad, logrando que el vehículo avanzara siempre hacia delante. Con las manos, el joven inventor hacía girar unos pedales, cuya cadena descendía a lo largo de un soporte de madera hasta llegar a las ruedas. Los pedales servían también de manillar; para ir hacia la derecha o hacia la izquierda bastaba con girarlos a un lado u otro y el aparato viraba de dirección.

—Nunca había visto nada igual —se maravilló Marie. Le recordaba a una especie de bicicleta, solo que el impulso para desplazarse se tenía que hacer con las

manos y no con las piernas, y el vehículo parecía mucho más estable.

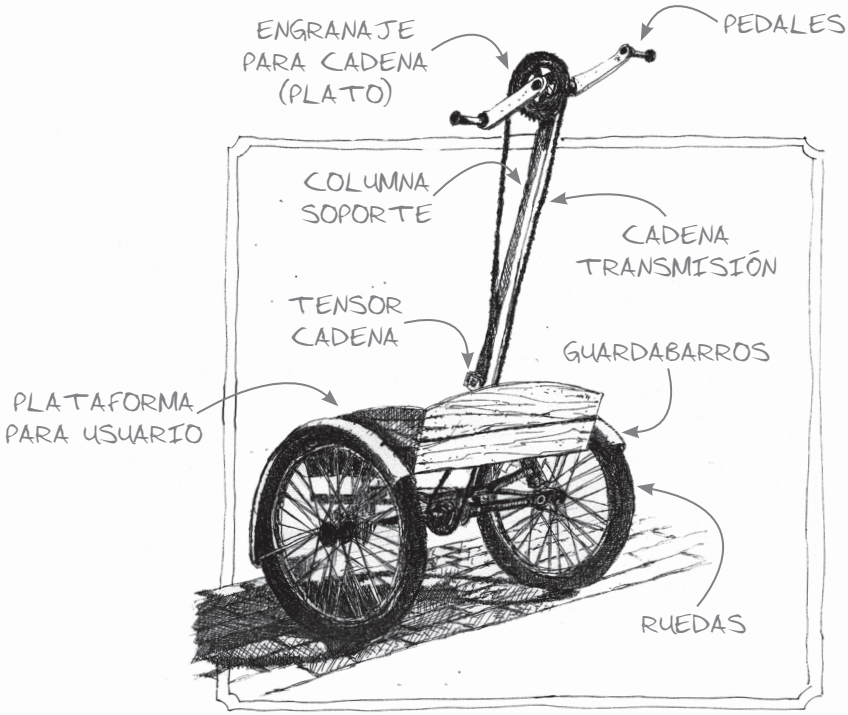
—Pues claro que no has visto nunca nada igual, ¡lo he inventado yo! —exclamó Jules Verne sintiéndose de lo más orgulloso—. Casi todos los ancianos tienen problemas de movilidad y no pueden andar bien: ¡con este artilugio conseguirán ir de un lado a otro a toda velocidad! Si se agarran a los pedales, difícilmente perderán el equilibrio y prácticamente no tendrán que hacer fuerza para girarlos y lograr que el aparato se mueva a su antojo.

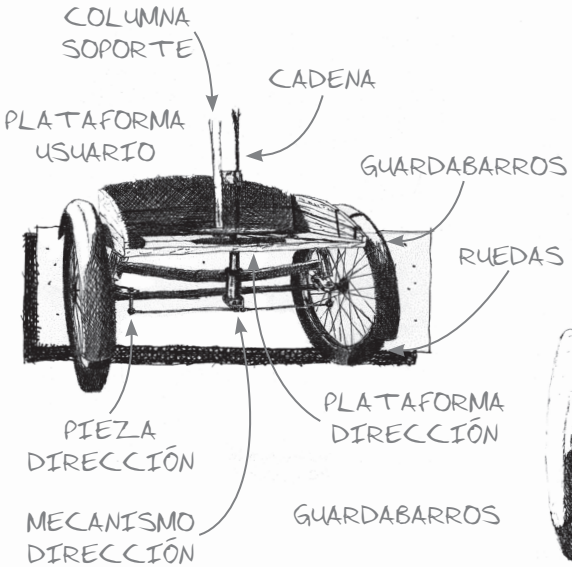
—Tendrás que dejárnoslo probar —le pidió Huan, muerto de envidia.

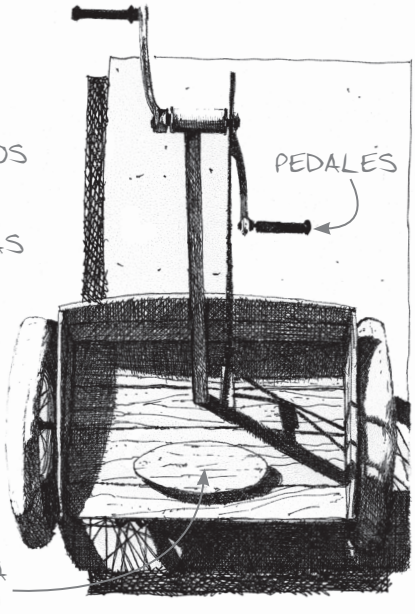
—Luego, cuando lleguemos al asilo —prometió Jules vagamente. Se lo estaba pasando tan bien montado en su invento, deslizándose sin hacer ningún esfuerzo, que en aquel momento no le apetecía compartirlo con nadie.

Prosiguieron el camino hacia el Asilo de la Caridad, y Jules Verne aprovechó para informar a sus amigos de que el capitán Nemo los había convocado para merendar en su barco aquella misma tarde. Decidió guardarse para sí mismo el miedo que había pasado la noche anterior, cuando creyó que Damien era un sicario de la Orden Contra el Progreso que iba a matarlo. A la luz del día,

SIVOY


ENGRANAJE PARA CADENA (PLATO)
PEDALES
COLUMNA SOPORTE
CADENA TRANSMISIÓN
TENSOR CADENA
GUARDABARROS
PLATAFORMA PARA USUARIO
RUEDAS


COLUMNA SOPORTE
CADENA
PLATAFORMA USUARIO
GUARDABARROS
RUEDAS
PIEZA DIRECCIÓN
PLATAFORMA DIRECCIÓN
MECANISMO DIRECCIÓN
GUARDABARROS


PEDALES
PLATAFORMA DIRECCIÓN

se avergonzaba de haberse comportado como un niño asustadizo. Sus pensamientos lo abstrajeron de la conversación y se apartó un poco del grupo mientras movía el vehículo de dos ruedas sin una dirección aparente.

De repente, un fuerte ladrido le hizo pegar un brinco y casi perdió el equilibrio del aparato.

—¡Detrás de ti! —exclamaron sus amigos.

El joven giró la cabeza lo suficiente para descubrir a un perro rabioso que estaba persiguiéndolo con la lengua afuera, como si Jules Verne y su invento fueran el mismísimo demonio. El inventor no tuvo más remedio que hacer girar los pedales a toda velocidad para tratar de alejarse de su perseguidor, pero el perro, con una energía incansable, también aumentó el ritmo de su carrera.

Los demás se reían a carcajadas mientras Jules pedaleaba con las manos más rápido tratando de alejarse del perro. Al muchacho no le parecía que aquella situación tuviera la menor gracia: ¡las fauces de aquel perro eran enormes! Estuvo varios minutos dando vueltas a la manzana, con el animal pisándole los talones, pero al final consiguió darle esquinazo.

Regresó junto a sus amigos, que seguían riendo a carcajadas.

—Se ha despistado al ver una rata en la calle de atrás y ha dejado de perseguirme —les informó con seriedad.

Su comentario solo logró que Caroline, Huan y Marie se rieran más fuerte, lo que aumentó el malhumor de Jules. Sin embargo, las carcajadas de los otros tres eran de lo más contagiosas, y no pudo menos que acabar riéndose un poco de sí mismo.

Las monjas no podían creerse lo que veían sus ojos cuando unos minutos más tarde Jules Verne apareció frente a la puerta de entrada del asilo deslizándose sobre dos ruedas con total facilidad. Subido a la plataforma de madera, parecía mucho más alto que sus amigos, que se aproximaron jadeando por el evidente esfuerzo que habían realizado al tratar de mantener el ritmo de Jules.

Rápidamente corrió la voz entre los ancianos del asilo de que aquel muchacho superdotado y sus encantadores compañeros habían traído un nuevo invento, y se formó un corro de espectadores alrededor del joven inventor, que se apresuró a contar a los allí presentes las mil maravillas de su nuevo aparato.

—Está especialmente pensado para vosotros, para

que podáis desplazaros velozmente de un lugar a otro sin apenas cansaros.

—¡Esto vamos a tener que probarlo! —exclamó una anciana frotándose las manos.

Entonces formaron una fila india, y uno a uno, fueron conduciendo el vehículo. Los aventureros del siglo XXI no tardaron en cerciorarse de que aquel invento estaba haciendo de lo más felices a los ancianos, quienes parecían rejuvenecer al poco rato de estar montados en el aparato. ¡Se estaban divirtiendo como niños! Daban vueltas a toda velocidad alrededor del Asilo de la Caridad riendo sin parar. Los compañeros que permanecían frente a la entrada de la residencia vitoreaban con todas sus fuerzas al anciano que conducía el vehículo cada vez que pasaba por delante de ellos.

—Turnos de cinco minutos cada uno —tenían que recordar las monjas constantemente, puesto que los ancianos no querían apearse del aparato, y las colas para probarlo eran cada vez más largas.

—Vamos a tener que comercializar este invento —opinó Huan, totalmente eufórico ante la acogida de la idea—, así que tendremos que pensar en un nombre.

—Yo creo que tiene que llamarse el Sivoy —expuso

Marie con resolución—, puesto que con este invento, los ancianos nunca más van a tener que dejar de ir a un sitio por culpa de su mala movilidad. Cuando alguien les proponga un plan, podrán decir «¡Sivoy!» y deslizarse rápidamente hacia el lugar.

—Me parece un nombre perfecto —convino Jules sonriendo de oreja a oreja—. ¿Tú qué piensas, Caroline?

Pero su prima, que llevaba todo el día de lo más abstraída, se limitó a asentir con la cabeza.

En aquel preciso instante, el anciano que estaba conduciendo el Sivoy se topó con un escalón que no había visto y salió despedido por los aires. Los aventureros del siglo XXI soltaron a la vez una exclamación de angustia y corrieron a socorrer al hombre, que había quedado tendido en el suelo gimiendo lastimeramente.

—No os preocupéis… —murmuró mientras trataba en vano de levantarse. Marie y una de las monjas ayudaron al anciano a ponerse en pie y le sacudieron la gravilla de los pantalones—. Son solo unos rasguños, no tiene importancia, no he visto el escalón… —añadió al ver las caras de preocupación de los jóvenes amigos.

Pero Jules, que se había quedado lívido al presenciar el accidente, tragó saliva con desasosiego. Por suerte,

parecía que el anciano no sufría ninguna contusión grave, pero podría haberse matado.

—Siento mucho lo ocurrido, no lo había previsto —se excusó con tristeza.

—No es culpa tuya —le aseguró una de las monjas—. Has hecho un muy buen trabajo y has amenizado la tarde de los ancianos. Ya sabéis que el Asilo de la Caridad no está pasando por una buena época y que no tenemos dinero, pero momentos como este no tienen precio. Además, se trata de un muy buen invento siempre y cuando se tenga cuidado con los desniveles.

—La verdad es que hay demasiados escalones en las calles —se quejó una mujer mayor—. Nunca me siento segura cuando voy a alguna parte.

—Y no solo en las calles —intervino otro hombre con indignación—; los edificios están llenos de escaleras que yo ya no puedo subir.

—Los arquitectos nunca piensan en los abuelos cuando construyen sus infraestructuras —murmuró el anciano que se había caído mientras se frotaba su dolorido codo.

La anciana que había hablado primero se dio cuenta de la aflicción que embargaba los rostros de los jóvenes y se apresuró a animarlos:

—Pero vuestro invento es maravilloso. Nos sentimos enormemente afortunados gracias a vosotros.

Para demostrar lo contenta que estaba, se acercó a Huan y se lo comió a besos. Los demás soltaron una carcajada al ver que el muchacho oriental se ponía colorado como un pimiento.

Pero después de aquella experiencia nadie más se atrevió a seguir probando el invento, y aprovecharon que estaba comenzando a refrescar para entrar en el asilo. Una vez dentro, el hombre que se había caído ganó mucha popularidad al relatar una y otra vez a su audiencia cómo había volado por los aires y había vivido para contarlo.

Sin embargo, había un anciano que ni había querido probar el Sivoy ni se había reído con los demás ante la imagen de un avergonzado Huan siendo besado por la enorme mujer; de hecho, ni siquiera había mostrado interés ante la historia de la caída de su compañero. El hombre había permanecido todo el rato sentado en un rincón de la sala, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos, como si estuviera impresionado por algo o incluso asustado. Marie, que acudía un par de veces por semana al Asilo de la Caridad, cuando sus tareas en el colegio y en casa se lo permitían, reparó en él en-

seguida: conocía a todos los ancianos que residían allí; ¿por qué ese hombre no le sonaba de nada? ¿Y qué hacía completamente solo, en un rincón, sin hablar con nadie y como queriendo pasar desapercibido?

Se acercó hacia él, dispuesta a descubrir quién era:

—¡Hola! —lo saludó alegremente—. Es usted nuevo, ¿verdad? Me llamo Marie, vengo a menudo para ayudar a las monjas en todo lo que haga falta, así que nos iremos viendo por aquí.

—Yo soy Dominique —se presentó él—, llevo en el Asilo de la Caridad tan solo dos días.

El anciano se estremeció visiblemente y Marie leyó el miedo en su mirada.

—¿Está usted bien? —inquirió con preocupación.

Dominique vaciló un momento sin saber bien qué responder. Miró alrededor, hacia los demás ancianos y sus cuidadores, y pareció tomar una resolución.

—Tengo algo que decir —manifestó—, pero quiero que todos se enteren.

Marie pidió silencio en la sala para que todo el mundo pudiera escuchar las palabras de Dominique, y se sentó a su lado muerta de curiosidad. ¿Qué tendría que decirles ese anciano que acababa de llegar al asilo? Le dio la

sensación de que se trataba de un hombre muy sabio, que había vivido cantidad de aventuras a lo largo de su vida, y en su imaginación se lo figuró como una especie de capitán Nemo.

Los demás aventureros del siglo XXI se acercaron hacia el lugar donde estaban sentados Marie y el anciano, para oír mejor lo que este tuviera que contarles.

El recién llegado se levantó de su silla con la ayuda de Marie y carraspeó antes de anunciar:

—Han intentado asesinarme.

Un silencio invadió la sala durante un par de segundos. Luego ocurrieron distintas cosas a la vez: diversos ancianos comenzaron a reír, como si se tratara de una broma, otros pusieron cara de susto y se llevaron las manos al pecho, un par de monjas se santiguaron alarmadas y un enfermero se acercó hacia Dominique y lo obligó a tomar asiento de nuevo:

—No vaya diciendo estas cosas —le advirtió—, que aquí hay mucha gente con la salud delicada y los está atemorizando. Es solo producto de su imaginación.

—Espere, déjelo hablar —pidió Marie—: Tiene que contarnos por qué cree que han intentado matarlo, ¿no le parece?

—Exacto —apoyó Jules a su amiga—. Después de conocer los hechos decidiremos si se trata o no de un producto de su imaginación.

El enfermero se encogió de hombros resignado, y Los aventureros del siglo XXI volvieron a pedir silencio para que Dominique pudiera retomar su discurso. El anciano carraspeó, visiblemente abrumado al tener tanto público, y comenzó su narración:

—He conseguido escapar del psiquiátrico —les confesó—; era un lugar horrible, ninguno de vosotros os podéis ni imaginar las penurias que he vivido allí dentro. Nadie que entraba internado en el centro lograba salir con vida de ese lugar —sentenció estremeciéndose de nuevo—. Los médicos y enfermeros son de lo más extraños, dudo que tengan ningún título en medicina, y maltratan a los pacientes. Incluso hacen experimentos con ellos. —Ante esa afirmación, Marie se llevó las manos a la boca conteniendo un pequeño grito de sorpresa—. Es el sitio más terrorífico en el que he estado nunca. Trataron de matarme un par de veces, pero yo intentaba estar siempre en guardia para que no me ocurriera como a unos cuantos compañeros míos…

—¿Y cómo ha logrado salir de allí? —preguntó un

Huan espeluznado. Aunque no lo quisiera reconocer, era el más miedica del grupo, y ese tipo de historias lo atemorizaban por completo. Probablemente aquella noche tendría pesadillas sobre psiquiátricos y médicos locos.

—Escondiéndome en un coche de caballos que llevaba ropa a lavar a la tintorería —reconoció el anciano—. Si me hubieran descubierto… —Dominique negó con la cabeza conteniendo un nuevo escalofrío—, pero ahora estoy aquí, vivo y aparentemente a salvo, y quiero denunciar la realidad que he vivido en el psiquiátrico durante tantos meses. Deberíamos rescatar a los que todavía están en la misma situación en la que he estado yo.

Los cuatro amigos se miraron sin saber bien qué decir. ¿Acababan de escuchar los delirios de un demente o aquel hombre decía la verdad? En la sala empezaron a oírse murmullos que poco a poco se fueron volviendo más nítidos: los ancianos estaban comenzando a inquietarse tras la revelación de Dominique.

El enfermero se acercó de nuevo al anciano y le puso una mano sobre el hombro tratando de calmarlo:

—Debería ser usted un poco más prudente; si va repitiendo lo que acaba de decir aquí, van a acabar llevándolo de vuelta al loquero. —La sonrisa del cuidador

era amable, pero los ojos del anciano se abrieron de par en par, como si estuviera completamente aterrorizado ante lo que le acababa de decir.

Dominique no volvió a abrir la boca en toda la tarde; fijó la mirada en un punto indeterminado del pavimento y no contestó a las siguientes preguntas que Marie trató de hacerle. Poco a poco, los demás ancianos fueron olvidándose de las palabras del nuevo residente del Asilo de la Caridad, y cuando Los aventureros del siglo XXI se despidieron de ellos, la calma y la tranquilidad volvían a reinar en el centro.

Cuando hubieron salido del asilo y estuvieron los cuatro solos, comenzaron a hablar sobre lo que había ocurrido allí dentro:

—¿Creéis que ese tal Dominique decía la verdad? —preguntó Huan, todavía visiblemente impresionado por las palabras del anciano.

—No lo sé —contestó Jules dubitativo—, parecía sincero, pero ¿cómo podemos fiarnos de sus palabras? Podría ser que estuviera delirando y que él mismo creyera que es cierto sin que lo sea.

—Pues yo creo que decía la verdad —contestó Marie con fiereza. No soportaba las injusticias; si Dominique

estaba en lo cierto, tenían que hacer algo para que dejaran de maltratar a la gente en el psiquiátrico.

—Caroline, ¿tú qué piensas? —Jules Verne valoraba mucho la opinión de su prima, una chica inteligente y muy madura para su edad.

Sin embargo, Caroline parecía absorta en sus pensamientos y no respondió a la pregunta del joven inventor.

—¿Caroline? —Marie y Huan pronunciaron el nombre de su amiga, extrañados por su falta de atención.

—Perdonad, ¿decíais algo? —inquirió ella al darse cuenta de que tres pares de ojos la observaban fijamente.

—¿Qué te ocurre? —se preocupó Jules—. Has estado muy seria durante toda la tarde y prácticamente no has abierto la boca.

La chica se mordió el labio inferior y los demás se dieron cuenta de que estaba haciendo esfuerzos por no llorar.

—Se trata de mi padre —confesó al cabo de unos instantes.

—¿Le ha pasado algo malo? —preguntó Marie conteniendo la respiración.

—No, él está bien —repuso Caroline negando con la cabeza—, pero…

—Pero ¿qué? —El corazón de Jules latía muy fuerte en el pecho, sospechando que lo que su prima iba a relatarles no sería de su agrado.

—Vale, os lo cuento… —suspiró Caroline—. La verdad es que no puedo quitármelo de la cabeza. Veréis, estoy convencida de que mi padre es miembro de la Orden Contra el Progreso —sentenció.

Marie soltó una exclamación completamente horrorizada, pero Huan y Jules se miraron a los ojos sin decir nada. Hacía un tiempo que sus sospechas se habían incrementado: ambos chicos habían espiado al padre de Caroline mientras discutía con Claude Mathieu, el director del instituto donde estudiaban y miembro destacado de la secta criminal. La escena que presenciaron no dejaba lugar a dudas, pero los dos aventureros habían decidido no contarle a Caroline lo que habían descubierto por el momento para no preocuparla más de la cuenta.

—¿Por qué crees que trabaja para la Orden? —preguntó Marie, ajena a los pensamientos de los otros dos.

—Ayer por la tarde estaba yo en casa buscando a mi gata, el cachorro que encontré la semana pasada por la calle, ¿os acordáis?

Caroline era una amante de los animales, y aunque sus

padres no le permitían tener ninguna mascota, cuando encontró a aquel gatito indefenso, que probablemente había perdido a su madre y estaba muerto de frío y de miedo, no dudó en escondérselo en el bolsillo de su abrigo. Llevaba cuatro días alimentándolo en secreto; tan solo Marie, Huan y Jules conocían la existencia de ese cachorro.

—No la veía por ninguna parte y me estaba empezando a poner de los nervios; ¿y si mis padres la encontraban antes que yo y descubrían que se lo había estado ocultando?

»Ya había estado buscando por todas partes, así que me metí en el dormitorio de mis padres; la puerta estaba entreabierta y pensé que *Francine* podía haberse escabullido dentro. —*Francine* era el nombre que Caroline, tras mucho meditar, le había puesto a la gatita—. Estuve mirando dentro de los armarios, puesto que ya sabéis que a los gatos les encanta meterse en lugares oscuros y cerrados. Abrí el armario de mi padre y… —La voz de la chica se entrecortó; el recuerdo de aquel momento todavía la impresionaba hondamente—. Todo parecía normal, pero entonces descubrí que del fondo del armario, donde se supone que ya no hay más ropa, puesto que solo queda la madera que recubre el mueble, sobresalía

un pedazo de tela roja. Pensé en aquellos armarios de doble fondo que salen en algunas novelas de misterio, donde los personajes esconden sus secretos sin que nadie los descubra, y empujé la madera del final del armario.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Marie. Los tres amigos estaban conteniendo la respiración.

—Efectivamente, se trataba de una especie de puerta de madera que me llevó hasta un escondite en el verdadero fondo del armario. Y allí… Oh, chicos. —La voz de Caroline se quebró por el llanto—. Encontré la capa que utilizan los miembros de la Orden Contra el Progreso, esa con capucha, con la que esconden el rostro para no ser reconocidos. ¡Llevaba la inscripción bordada y todo!

Los miembros de la Orden Contra el Progreso llevaban grabado un yelmo en su atuendo; se trataba del emblema de la secta, que lucían todos sus componentes en las reuniones y cuando llevaban a cabo alguna actividad criminal.

Marie abrazó a su amiga, que ya no podía contener las lágrimas, y trató de consolarla.

—Pero eso no es t-todo —exclamó Caroline entrecortadamente, sin dejar de sollozar—. Lo peor es que… en ese armario también había u-una p-pistola.

Huan, Jules y Marie se miraron con preocupación mientras Caroline seguía con la cara enterrada en el hombro de su mejor amiga. Una cosa era que sospecharan que el padre de Caroline fuera miembro de la Orden Contra el Progreso y la otra era saberlo con total certeza: el descubrimiento de la chica no parecía dejar lugar a ninguna duda.

¿Cómo podían consolarla? ¿Qué se podía decir a alguien que llevaba mucho tiempo luchando por acabar con una organización criminal y que descubría que su propio padre pertenecía a ella? ¿Cómo podía entenderse que uno de los miembros de la Orden Contra el Progreso, que tantas veces había intentado matarlos, fuera el padre de uno de Los aventureros del siglo XXI? ¡Si incluso recientemente la propia Caroline había perdido la vista durante varios días por culpa de un atentado de la secta!

La chica levantó la cabeza del hombro de Marie y se dio cuenta de que sus tres amigos la miraban con preocupación.

—Bueno, ya sabíamos que esto podía ocurrir, ¿no? —suspiró entonces—. Todos sospechábamos que mi padre no era lo que aparentaba ser.

—Ya, pero… Esto es muy fuerte, Caroline —susurró Marie estremeciéndose—. ¡No puedes estar segura ni en tu propia casa!

Jules también estaba impactado; el padre de Caroline era su tío, el tío Marcel, que solía ausentarse en las reuniones familiares alegando motivos de trabajo y siempre le había parecido demasiado rígido y serio. Hacía mucho que sospechaban de él, por supuesto, y más, después de la discusión que Huan y Jules habían presenciado, pero nunca hasta entonces habían tenido una prueba tan definitiva sobre su culpabilidad. Se imaginó a Caroline en su casa muerta de miedo tras hacer el descubrimiento y cerró los puños con rabia; su amiga no se merecía esa situación.

—Por el momento no podemos hacer nada —repuso suspirando profundamente—, pero te prometo, Caroline, que llegaremos al fondo de esta cuestión.

Caminaron un rato en silencio, cabizbajos, meditando sobre lo que les acababa de relatar Caroline. Jules se sentía completamente impotente y no sabía cómo podría cumplir la promesa que le acababa de hacer a su prima. Se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros para tratar de animarla.

—Ahora lo mejor será que nos apresuremos o llegaremos tarde a la merienda con el capitán Nemo —propuso con suavidad. Se acercaba la hora en la que se habían citado con el marino y no quería ser impuntual.

—Yo no voy a ir —replicó Caroline en el acto—. No me veo con ánimos para simular que todo va bien y que no ocurre nada malo.

—¡Venga, Caroline, tienes que venir con nosotros! —exclamó Marie—. Te animarás seguro. Además, el capitán Nemo nos ha convocado a todos, a los cuatro. Se entristecerá mucho si no apareces y será muy descortés por tu parte declinar su invitación.

—No puedes hacer que tu vida se detenga tras este descubrimiento, aunque te parezca muy duro seguir como si nada —la aconsejó Jules—, o los de la Orden Contra el Progreso habrán ganado.

Huan se acercó a su amiga, y sin mediar palabra, le dio un beso en la mejilla pensando que eso la animaría. A continuación, se volvió de espaldas rápidamente, para que nadie se diera cuenta de que se había puesto rojo como un pimiento.

—Oh, está bien, tenéis razón —suspiró Caroline sonriendo un poco tras el beso de Huan—. Tengo que seguir

con mi vida; por suerte, os tengo a vosotros para que todo sea más llevadero.

Los cuatro amigos se fundieron en un cálido abrazo, y Caroline, por primera vez en mucho tiempo, volvió a sentirse afortunada.